

que los del emperador Napoleón en Polonia. ¿Podía yo hacer por él mas que lo que he hecho en favor mio? Y alegaba para disculparse de los pocos servicios que había prestado á Napoleón, las distancias, las estaciones y la inferioridad del modo de gobernar de los rusos que no presentaba ni en personal ni en material los recursos que la administración francesa. Empero lo que mas había ofendido al emperador Alejandro eran las condiciones de la paz ajustada con el Austria, y el aumento de cerca de dos millones de súbditos concedido al gran ducado de Varsovia. En ello vió, y lo mismo ó mas les sucedió á todos en San Petersburgo, un presagio seguro del restablecimiento inmediato de la Polonia, y por espacio de quince dias ovéronse en la corte de Rusia fuertes gritos contra Francia, hasta tal punto que apenas se atrevia Mr. de Caulaincourt a presentarse en ella. El regalo de cuatrocientos mil súbditos que en la partija se adjudicó á la Rusia, se miró allí únicamente como una añagaza, destinada á encubrir el restablecimiento de la Polonia, restablecimiento que los que se oponian á él hasta daban por completamente realizado por medio de la reunion de la Galicia al gran ducado de Varsovia. Alejandro, en quien mas mella hacian las sospechas de los que le rodeaban que las suyas propias, no cesaba de quejarse desde el último tratado de Viena, y pedir garantías contra el fatal porvenir que le dejaban entreveer.

Entregósele una carta muy consoladora de Napoleón, carta que enseñó en confianza á los principales personajes de la corte de Rusia; pero como le dijese que las declaraciones que en ella se contenian no eran mas que palabras, se vió obli-

gado á pedir una manifestacion *de oficio* (espresion testual). Consintióse en hacérsela; y Mr. de Caulaincourt, despues de vivas instancias por parte suya, fué autorizado de un modo general á celebrar un convenio relativo á la Polonia, consintiendo en firmar uno que debia ser en lo sucesivo sumamente embarazoso para Napoleón. Decíase en ese convenio que jamás seria restablecido el reino de Polonia; que desaparecerian de todas las actas, y no volverian á usarse los nombres de Polonia y polacos; que no podria ensancharse mas tarde el gran ducado agregándole ninguna porcion de las antiguas provincias de Polonia; que serian abolidas las órdenes de caballeria polaca, y en fin, que todos estos compromisos estaria obligado á cumplirlos el rey de Sajonia, gran duque de Varsovia, lo mismo que Napoleón (1). Este extraño convenio que esponia á Napoleón á hacer un papel tan singular á los ojos de los polacos, no se le pudo negar al emperador Alejandro, quien rogó una y otra vez se ajustase, mostrándose al parecer decidido á quebrantar la alianza si no se ratificaba.

En esta situacion de cosas, poco antes de haberse estendido definitivamente el convenio arriba citado, y cuando aun se debatía los términos en que debia estenderse, llegó la peticion que Mr. de Caulaincourt estaba encargado de hacer á la corte de Rusia. Habiendo recibido en la noche del 8 de diciembre el primer correo de París, no pudo ver

(1) Estos hechos tan importantes y decisivos en la cuestion del matrimonio, no se han conocido hasta hoy, y los esponemos tomándolos de la correspondencia auténtica de Mr. de Caulaincourt con Napoleón.

inmediatamente al emperador Alejandro por no hallarse en San Petersburgo, pero obtuvo una audiencia á su vuelta, y le hizo directamente la proposicion de que tenia encargo (1). Algo sorprendido el emperador Alejandro, no nego la especie de compromiso que contrajo en Erfurt, compromiso que, sin responder del éxito, le obligaba á hacer un esfuerzo para con su madre, á fin de obtener la mano de la gran duquesa Ana. Manifestó deseos y hasta grandes esperanzas de lograrlo, pero quiso tomarse tiempo y libertad para obrar como le pareciera conveniente á fin de conseguir sus intentos. Ora procediese con sinceridad en los miramientos que demostraba tener á su madre, ora fuese un medio para prepararse en caso necesario á una negativa, dijo que no hablaria en nombre del emperador Napoleon, sino en nombre suyo, que se presentaria no como mediador de una peticion ya hecha, sino de una peticion posible, hasta probable, y que trataria de obtener el consentimiento de su madre, alegando el interés de su política mas bien que la intencion de satisfacer un deseo espresado por el emperador de los franceses. Despues de colmar á Mr. de Caulaincourt de muestras de atencion que debia trasmitir á Napoleon, aplazó su respuesta, prometiendo darla tan pronto como fuese posible.

Poco verosímil era que el emperador Alejandro, quien queria á su madre, asi como ella á él,

(1) Casi todas las cartas relativas al matrimonio han sido destruidas; pero con todo quedan bastantes fragmentos, y en la correspondencia de Napoleon hay suficientes medios de restablecer los hechos.

aunque existia entre los dos cierta envidia de autoridad, formase un misterio de un suceso tan importante para la familia imperial. Lo probable es que deseaba en caso de que no conviniera el enlace de familia con Napoleon, no se comprometiera tanto el amor propio de las dos córtes, achacando á su madre habia desairado al emperador Alejandro, y no al emperador Napoleon, que no habia figurado en la negociacion. Lo probable es sobre todo que queria reservarse mas libertad, á fin de hacerse pagar á muy alto precio su consentimiento, precio que no era otro sino el indicado arriba, el convenio relativo á Polonia.

Mr. de Caulaincourt escribió, pues, á Paris el 28 de diciembre, que su proposicion habia sido acogida perfectamente, y que todo hacia creer tendria buen éxito, pero que era preciso sumo miramiento y un poco de paciencia. Acosado por los correos de Mr. de Champagny que no cesaban de llegar, usó de la latitud que se le habia dado, y participó á la corte de Rusia se aceptarían todas las condiciones, hasta las que se desprendiesen de la diferencia de religion. Vió otra vez al emperador, quien le pareció satisfecho del resultado de sus primeros pasos, y dió como cosa casi segura el consentimiento de su madre, como absolutamente cierto el de su hermana la gran duquesa Catalina, y como muy próximo el consentimiento general y oficial de toda la familia imperial. No obstante, el emperador Alejandro pidió algunos dias mas para esplicarse de una manera definitiva.

Era evidente que el emperador Alejandro iba á acabar por consentir, puesto que daba como adquirido el consentimiento de su madre y de su

hermana, único en que estribaba la dificultad; era evidente que no se atrevería á dar por cuenta propia una negativa, que ofendiendo el orgullo tan sensible de Napoleón, atraería el rompimiento de la alianza, un cambio total de política, la pérdida de sus mas caras esperanzas con respecto á Oriente, y en fin, una alianza alarmante de la Francia con el Austria. La repugnancia enteramente aristocrática que pudiera causar el enlace con una dinastía novel, atenuada además muchísimo con la gloria incomparable de Napoleón, no valía seguramente el que se sacrificase á ella los intereses mas grandes del imperio. No habia, pues, la menor duda en cuanto al consentimiento definitivo, pero el convenio relativo á Polonia era el motivo manifesto que contenía aun á Alejandro. Habíase conseguido, obviando todo género de dificultades, ponerse de acuerdo sobre el convenio, pero aquel príncipe no quería comprometerse, por lo que hace al casamiento, hasta no tener en sus manos el precio esencial del enlace, es decir, la ratificación del convenio que le libraría del peligro de ver levantarse en sus fronteras un reino de Polonia. Al principio habia pedido diez dias, y luego pidió otros diez, ofreciendo se esplicaría para despues de mediados de enero, cuando el primer paso se dió á mediados de diciembre.

Napoleón, que escribió el 22 de noviembre contaba con la respuesta para fines de diciembre ó principios de enero (los correos empleaban entonces doce ó catorce dias para ir desde París á San Petersburgo), tenia mucha impaciencia por saber á qué atenerse, y ya estaba algo ofendido de la lentitud que se desplegaba en esplicarse

con él. Considerábase como superior á todos los príncipes de su tiempo, no solo por el genio, lo cual no admitía duda, sino por la situación en que ese genio le habia colocado, y creía debia aceptarse su mano así que él consintiese en ofrecerla; de suerte que todos esos miramientos con una princesa anciana que en realidad dependía de Alejandro, predispusieron su ánimo bastante mal. Una circunstancia contribuyó mas que nada á mirar por el lado peor la vacilación verdadera ó calculada de Rusia, cual era el afán que manifestaban las demas córtes con quienes podia enlazarse.

La casa de Sajonia, por supuesto, no pedía otra cosa. El anciano rey de Sajonia, parecia que no hacia un sacrificio á su política, sino que obraba por un impulso del corazón, consintiendo en dar su hija, princesa de edad algo avanzada ya, pero perfectamente educada, y de una constitución que infundía esperanzas de una posteridad pronta y sana. Efectivamente, el espresado monarca profesaba á Napoleón un verdadero cariño.

No menos favorables eran las demostraciones por parte del Austria, pues habiéndose entablado comunicaciones indirectas con dicha córte, se supo tenia vivísimos deseos de contraer alianza con Napoleón. El príncipe de Schwarzenberg, trasladado de la embajada de San Petersburgo á la de París, acababa de llegar á Francia, y manifestó á su llegada el sentimiento que le causaba representar á una córte vencida, que iba á serlo mucho mas si se estrechaba la alianza de Francia con Rusia. Esta alianza fué la que hizo se frustrara la

última empresa del Austria, y de continuar iba a mantenerla en estado de completa nulidad, y á entregarla acaso á un porvenir desconocido. Un matrimonio con Francia, si no devolvía al Austria una situación muy fuerte, á lo menos haría que cesara la alianza de Francia con Rusia, aseguraría por otra parte la paz que tanto había menester, y disiparía los temores mas ó menos fundados que los sucesos de Bayona inspiraron á todas las dinastías antiguas. Así todos los negociadores austriacos, tanto civiles como militares, habían hecho, tocante á esto, insinuaciones que no fueron acogidas por Napoleón, enteramente entregado entonces á la idea de un matrimonio ruso, pero que quedaron impresas en su memoria.

Nombrado Mr. de Metternich primer ministro en lugar de Mr. de Stadion, familiarizado en París con los príncipes y princesas de origen reciente, y no abrigando contra ellos ninguna de las preocupaciones de las cortes antiguas, quería como es natural, inaugurar su ministerio por medio de un matrimonio de tamaño consecuencia política, é informado el príncipe de Schwarzenberg de las disposiciones del primer ministro, deseaba tanto como él el sustituir el Austria á la Rusia en la nueva intimidad que se creía iba á dominar la Europa. Empero así que llegó á París, vió con pena se acercaba, se halagaba al príncipe de Kourakin, como el representante de la corte con quien iba á contraerse matrimonio, y que su situación, molesta ya de resultas de la última guerra, iba á serlo mucho mas á consecuencia del enlace que se preparaba.

Enteróse nuestro gobierno de estas disposicio-

nes por el secretario de la legación austriaca Mr. de Floret, el cual habló de ello á Mr. de Semonville, y éste, mezclándose en todo mas de lo que podía, repitió á Mr. Maret lo que había sabido por Mr. de Floret. Teníamos además á mano un francés muy relacionado con Mr. de Schwarzenberg, cual era Mr. de Laborde, hijo del célebre banquero del siglo XVIII, establecido en Austria mientras duró la revolución, y recién vuelto á Francia. Mr. de Champagny conocía mucho á Mr. de Laborde, y le empleó en aquella circunstancia para conseguir penetrar exactamente las disposiciones del Austria. El príncipe de Schwarzenberg participó á Mr. de Laborde sus inquietudes, sus disgustos, y lo que sentía desempeñar en París una comisión que cada vez iba haciéndose mas ingrata, sobre todo, siendo una cosa segura, segun las apariencias, el matrimonio con una princesa rusa. Mr. de Laborde se apresuró á referir los pormenores á Mr. de Champagny, quien le autorizó á que insinuara que aun no había nada definitivo acerca de la elección de Napoleón, que cuanto decia el público era muy aventurado, y que no era imposible se inclinase bien pronto Napoleón por motivos de política á un enlace austriaco. Estas palabras, repetidas sin carácter oficial, con mucha destreza, como voces recogidas en buenas fuentes, causaron suma satisfacción al príncipe de Schwarzenberg, quien al instante escribió á Viena preguntando como debía acoger la proposición de casamiento, si la suerte de las negociaciones le deparaba la ocasión de que se la hiciesen.

Durante estas negociaciones con la corte de San Petersburgo, y estas comunicaciones secretas

con la de Austria, era general en Paris la creencia de un matrimonio ruso, pero los deseos estaban divididos entre una princesa rusa y una princesa austriaca. La mayor parte de los que rodeaban á Napoleon se formaban una opinion segun su posicion, su vida pasada y sus intereses, pero algunos, en muy corto número, segun su desinteresada prevision. Todos cuantos tenian alguna afinidad con el régimen antiguo, como, por ejemplo, Mr. de Talleyrand, y que veian en el matrimonio austriaco un paso mas hácia atrás, opinaban por una hija del emperador Francisco. Mr. de Talleyrand profesaba ademas invariable inclinacion al Austria contra las potencias del Norte, y tenia relaciones con aquella córte, que muchas veces habian parecido sospechosas á Napoleon. Mr. Maret, á quien trataba Mr. de Talleyrand con sumo desden, estaba á la sazón de acuerdo con él, y parecia que ambos habian convenido en usar el mismo lenguaje; pero Mr. Maret no tenia otra razon para opinar así que haber sido el mediador entre Mrs. de Semonville y de Floret para las primeras confianzas del Austria.

En la familia imperial, todos los Beauharnais se inclinaban en favor de aquella potencia, y sobre una cuestion que no debia provocar de su parte ningun parecer, se apresuraban á formarlo y expresarlo con extraño calor. El motivo verdadero de semejante modo de proceder era el deseo de que hubiese paz duradera en Italia y en Baviera, lo cual interesaba muy mucho al príncipe Eugenio y á su padrastro, pues aunque el príncipe Eugenio no estaba destinado á reinar en Italia si Napoleon tenia un heredero directo, estaba llamado

á gobernar dicho reino en clase de virey mientras viviese Napoleon, esto es, durante veinte ó treinta años (este es el tiempo que entonces se suponía durarian su reinado y su vida), y deseaba no estuviese espuesto, como en la última guerra, á ver á los austriacos en Verona. Josefina, que se desquitaba de su caída desplegando sumo ardor en servir á los intereses de sus hijos, habló sobre esto de un modo indiscreto con Mad. de Metternich que no habia dejado á Paris.

Al contrario, todos los adheridos á la revolucion, todos los que no querian bien el régimen antiguo, todos los que temian el retroceso completo hácia lo pasado, todos los que tenian, por último, alguna prevision militar y política, deseaban un matrimonio con Rusia. La familia de Murat, gobernada principalmente por la reina de Nápoles, recelaba no tardaria en llevar una princesa austriaca á la corte imperial un ceño de que se resentirian los príncipes y princesas de la familia Bonaparte, los cuales no tenian como Napoleon gloria personal que les diera realce. El archicanciller Cambaceres, apegado todavia por gusto y por discrecion á lo fundamental de la revolucion de 1789, y temeroso, como siempre, de las ideas ambiciosas de Napoleon, así como de sus debilidades ocultas bajo su grandeza, participaba del desvio con que los Bonaparte miraban un matrimonio austriaco, que era una especie de alianza con el régimen antiguo. Ademas, su tacto particular para juzgar del espíritu del país, le hacia presentir no produciria ninguna ventaja á Napoleon parecerse en algo á Luis XVI, y su sagacidad política le hacia vislumbrar que la potencia cuya alianza fuese mirada

con desden se convertiria bien pronto en enemiga; que si era el Austria, no habria en ello nada de nuevo ni de temible; y que si era Rusia, la cosa seria mas grave, pues aunque habiamos encontrado camino para ir á Viena, aun no nos habiamos abierto el de San Petersburgo. Empero lo singular es que se necesitaba ya valor para aconsejar á Napoleon el casamiento ruso, porque un instinto secreto les decia á todos que el matrimonio con una archiduquesa era el que mas debia lisonjear el amor propio de un emperador que carecia de legitimidad (usando el lenguaje de los á quienes queria parecerse), y que tenia empeño en adquirirla tambien de otro modo que por la gloria.

Entretanto Napoleon fluctuaba entre las opiniones contrarias. Es verdad que adivinaban sus debilidades ocultas los que creian que la hija de los Césares era la que mas halagaria su vanidad, porque le aproximaria mas á la situacion de un Borbon; pero conocia en su prevision, prevision que no eran poderosas á oscurecer sus debilidades, que si bien se habian portado con valor los ejércitos austriacos en la última guerra, era mucho mas grave indisponerse con Rusia que no permanecer indispuerto con Austria, y que era negocio mas arriesgado la guerra con la una que con la otra. Descaba, pues, el enlace con los Romanoff, aunque no era tan conforme á sus ideas aristocráticas; pero la tardanza que se desplegaba en contestarle, le inspiraba un humor que apenas podia contener, y que le esponia á cada momento á tomar una determinación repentina é imprevista.

En tal estado de incertidumbre, convocó en las Tullerías un consejo privado para oír el dictá-

men de todos, deseando casi, á pesar de lo resuelto que era generalmente, hallar en la opinion aiena razones para decidirse.

El consejo fué convocado de pronto un domingo, 24 de enero, al salir de misa, siendo citados los grandes dignatarios del imperio, de los ministros el de Negocios estrangeros, y el secretario de Estado Mr. Maret que desempeñaba las funciones de secretario del consejo, y en fin, los presidentes del Senado y del Cuerpo legislativo monsieur Garnier y de Fontanes. Napoleon, grave, impasible, sentado en el sillón imperial, tenia á su derecha al archicanciller Cambaceres, al rey Murat y al príncipe Berthier; y á su izquierda el architesorero Lebrun, el príncipe Eugenio, y á monsieurs de Talleyrand, Garnier y de Fontanes. Mr. Maret cerraba el círculo, sentado al extremo de la mesa frente por frente al emperador.

«Os he reunido, dijo Napoleon, para oír vuestro dictámen sobre el asunto que mas interesa al Estado, sobre la eleccion de la esposa que debe dar herederos al imperio. Escuchad el informe de Mr. de Champagny, y despues tendreis á bien manifestarme vuestra opinion.»

Mr. de Champagny presentó un informe muy razonado en que desenvolvía la cuestion de cuál de los tres enlaces se trataria de escoger, el ruso, el sajón ó el austriaco. Afirmó que los tres eran igualmente hacenderos, pues las tres córtes estaban muy bien dispuestas (aserto algo exagerado en cuanto á Rusia, pero bastante exacto para que pudiera presentarse como tal al consejo). Comparó en seguida las ventajas personales de las tres princesas, diciendo que la sajona era un modelo de vir-

tudes, de edad algo avanzada, pero de una constitucion perfecta; la austriaca tenia diez y ocho años, una constitucion escelente, una educacion digna de su rango, y cualidades tan amables como atractivas; y la rusa era algo jóven, de unos quince años de edad, dotada, segun se decia, de cualidades apetecibles en una soberana, pero de una religion distinta á la de Francia, lo cual produciria mas de una dificultad, sobre todo la de tener en las Tullerias una capilla griega. En cuanto á las ventajas políticas, Mr. de Champagny no vaciló en asegurar que solo las habia en el enlace con la córte de Austria, sobre lo cual habló como embajador que habia sido de Francia en Viena.

Despues de este informe, reinó el mas profundo silencio, porque nadie se atrevia á ser el primero que hablase, y todos esperaban para abrir los lábios á que les invitara el emperador. Napoleon se puso entonces á recoger los votos, empezando por la izquierda, es decir, por el lado en que se iban á esponer los dictámenes menos formales, aunque Mr. de Talleyrand se hallaba alli. Los dictámenes mas graves los reservaba para los últimos. El architesorero Lebrun, realista antiguo, y que habia continuado siéndolo en la córte imperial á pesar de lo muy adicto que era al imperio, salió de una especie de soñolencia que era habitual en él, para emitir una opinion que no carecia de sentido. «Estoy por la princesa sajona, dijo, porque esta princesa no nos compromete en la política de nadie, con nadie nos indisponen, y ademas es de ilustre raza.» Nada mas dijo el architesorero.

El principe Eugenio habló despues del principe Lebrun, reproduciendo en términos sencillos y mo-

destos las razones que alegaban los partidarios de la política austriaca, las cuales fueron repetidas con mas fuerza, aunque con sentenciosa concision, por Mr. de Talleyrand, quien despues del archicanciller era el juez mas competente en semejante materia. Dijo habia llegado el tiempo de asegurar la estabilidad del imperio; que la política que nos acercaba al Austria tenia mas que cualquier otra esa ventaja de estabilidad; que las alianzas con las córtes del Norte presentaban un carácter de política ambiciosa y versátil; que lo que se queria era una alianza que permitiese luchar con la Inglaterra; que ahí estaba la alianza de 1736 para manifestar que solo en la intimidad con Austria se habia encontrado la seguridad continental necesaria para desplegar grandes fuerzas maritimas, y, por último, que esposo Napoleon de una archiduquesa de Austria, jefe del nuevo imperio, nada tendria que envidiar á los Borbones. El diplomático aristócrata, hablando con finura y desdeñosa brevedad, se espresó como hubiera podido espresarse la nobleza francesa, si hubiese tenido que emitir su dictamen sobre el casamiento de Napoleon.

El senador Garnier se declaró por el término medio que no comprometia ningun interés, el enlace sajón; y Mr. de Fontanes se sublevó con un calor enteramente literario, hasta con una especie de amargura realista contra las alianzas del Norte, hablando como se hablaba en Versalles cuando estaban en el trono Federico el Grande y la gran Catalina.

Contra la costumbre, Mr. Maret, simple secretario, encargado de oír y recoger la opinion de los demas, fué admitido á dar la suya, y emitió un

dictámen que no tenia gran importancia á los ojos del consejo. Como habia mediado en algunas confidencias de la legacion de Austria por casualidad, opinó en favor de la princesa austriaca.

Pasando á la derecha, Napoleon debia encontrar pareceres diferentes entre sí. Oyó á Mr. de Champagny repetir lo que habia dicho en su informe, y al príncipe Berthier, que queria al Austria, pronunciarse en su favor, de suerte que una gran mayoría se declaró en pró de una archiduchesa; pero quedaban por consultar Murat y el archicanciller Cambaceres.

Murat mostró acalorado en medio de aquella reunion de grandes del imperio todos los sentimientos revolucionarios que abrigaba todavía el ejército. Sostuvo que el matrimonio con una princesa austriaca no podia menos que suscitar los funestos recuerdos de María Antonieta y de Luis XVI, recuerdos que estaban lejos de haberse borrado, y de ser gratos á la nacion; que la familia imperial se lo debia todo á la gloria, al poderio de su gefe; que nada tenia que tomar de enlaces con estraños; y que con acercarse al régimen antiguo, alejaria una infinidad de corazones apegados al imperio, sin conquistar los corazones de la nobleza francesa. Hasta se enfureció, con todo el vigor de su adhesion, contra los partidarios del enlace de familia con Austria, afirmando que semejante enlace no podia haber sido ideado por los amigos desinteresados del emperador. Cualquiera hubiese creido se hallaban detras de él los Bonaparte inspirándole contra los Beauharnais, y Mr. Fouché contra Mr. de Talleyrand.

Al calor del rey de Nápoles sucedió la fria pru-

dencia del archicanciller Cambaceres, quien se expresó en un lenguaje sencillo, claro y moderado, pero positivo. Dijo que el principal interés que habia que consultar era el de proporcionar herederos al imperio, siendo preciso saber si la princesa rusa era capaz de darlos; que si se hallaba en este caso, no habia que vacilar; que, por lo que respecta á la religion, de seguro se conseguiria, dedicándose á ello, que la corte de Rusia renunciase á exigencias que podian chocar á los ánimos en Francia; que con respecto á la politica, no habia duda alguna; que el Austria, privada á un mismo tiempo en este siglo de los Países Bajos, Suabia, Italia, Hiria, y en fin, de la corona imperial, siempre seria enemiga irreconciliable nuestra; que ademas por sus inclinaciones naturales era incompatible con una monarquia de origen moderno; que Rusia, al contrario, tenia bajo este aspecto menos preocupaciones que ninguna otra corte (lo cual era verdad entonces); que en su territorio y lo distante que de nosotros se hallaba, habia razones de toda clase para que fuese aliada de Francia, y ninguna para ser su enemiga; que si se la desechaba, no dejaria de convertirse en hostil; que la guerra con ella seria infinitamente mas arriesgada que con Austria, y que mirandola con desden se abandonaba una alianza posible y fácil por otra mentirosa é imposible. Concluyó, pues, optando del modo mas formal por el casamiento con la princesa rusa.

Estos dos dictámenes, sobre todo el último, que procedia del hombre mas grave de la época, contrapesaron fuertemente las opiniones emitidas en favor del enlace austriaco; pero como el emperador ha-



bia provocado una consulta mas bien que una deliberacion, no habia que tomar resolucio[n] definitiva, y espresadas las opiniones de cada cual, todo estaba concluido. Napoleon, que habia permanecido tranquilo é impenetrable, sin que pudiera adivinars[e] en su rostro á qué lado se inclinaba, dió las gracias á los individuos del consejo por sus excelentes dictámenes. «Pesaré en mi ánimo vuestras razones, les dijo. Quedo convencido de que, cualquiera que sea la diferencia que haya entre nuestro modo de ver la cuestion, la opinion de todos vosotros es hija del ilustrado celo con que mirais por los intereses del Estado, y de la fiel adhesio[n] á mi persona.»

Inmediatamente despidió el consejo, y á pesar de la discrecion que imponia en torno suyo sin imponérsela siempre á sí propio, hicieron mucho eco en palacio las opiniones emitidas. Hubo un momento en que la familia de Murat creyó estaba ganada la causa del enlace ruso, y lo dijo al príncipe de Cambaceres con grandes muestras de júbilo; pero los sucesos debian decidir la cuestion mucho mas que la opinion personal de Napoleon (1).

Aguardábase con impaciencia un correo de Rusia, cuando el 6 de febrero llegaron pliegos de Mr. de Caulaincourt á propósito para prolongar la incertidumbre en que se estaba hacia mas de mes

(1) Confundiendo en uno solo el archicanciller Cambaceres los dos consejos que se celebraron sobre el mismo asunto, cuenta que le pareció estaba todo arreglado en ese consejo, y que Napoleon tenia formada su opinion cuando los llamó á que diesen su parecer. Este es un error por falta de memoria en que incurren á menudo los

y medio. El 16 de enero habia espirado el primer plazo de diez días que el emperador Alejandro pidió á Mr. de Caulaincourt, y el 21 no habia respondido todavía. Era evidente que queria ganar tiempo, y conseguir la ratificacio[n] del tratado relativo á la Polonia antes de comprometerse de un modo irrevocable á conceder la mano de su hermana. Habia repetido á Mr. de Caulaincourt que la emperatriz madre no negaba su consentimiento, que la gran duquesa Catalina daba tambien el suyo, y que al fin saldrian las cosas á medida del deseo de Napoleon; pero que necesitaba algun tiempo todavía para contestar definitivamente. Existia una circunstancia mas grave, la de que la salud de la princesa no correspondia del todo á la impaciencia que se tenia de proporcionar un heredero al imperio, y la emperatriz madre exigia terminantemente una capilla en las Tullerías con sacerdotes griegos. Por lo demas, Mr. de Caulaincourt añadia que aguardaba pronto una esplicacion formal, y no dudaba seria favorable.

El carácter impetuoso de Napoleon no podia acomodarse á semejante estado de incertidumbre. Ya se vacilase porque causara repugnancia un enlace con él, ya se tratara de ganar tiempo á fin de arrancarle un tratado molesto al presente, é imprudente para lo venidero, se irritó lo mismo

hombres de imaginacion mas segura y exacta. Cuando se celebró el primer consejo, estaba muy lejos Napoleon de tener un pensamiento fijo; pero se verificó otro el 7 de febrero, únicamente por forma, y confundiéndose el recuerdo de este último con el primero, dejó en el veráz archicanciller la impresion de una escena arreglada de antemano.

con esas vacilaciones que con esos cálculos. Además le disgustaba extraordinariamente seguir mas tiempo siendo objeto de todos los rumores, como esos ricos herederos á quienes cada uno da esposa segun se le antoja. Dejose, pues, llevar por uno de esos impulsos que no podia dominar, y que acabaron por decidir de su destino; resolvió romper con Rusia, y tomar su lentitud como una negativa que le eximia de compromisos para con ella. Por otra parte, no habia permanecido insensible á las razones alegadas en favor de Austria y contra Rusia, ni al inconveniente de tener una esposa que quizá le haria esperar dos ó tres años para darle hijos; que no concurriria á las ceremonias del culto nacional y que tendria sacerdotes para ella, circunstancia accesoría, pero molesta en una nacion como Francia, que sin ser devota abriga todas las susceptibilidades de la devocion mas viva. Esperimentaba además desde la última campaña un sentimiento de aprecio hácia el ejército austriaco, y consideraba una cosa tan grave casi habérselas con él como con el ejército ruso.

Todas estas razones, que iba á completar otra poderosísima, el orgullo ofendido, obraron en él, y se decidió al instante, con la prontitud increíble que era el rasgo distintivo de su carácter. Despues que leyó los pliegos de Mr. de Caulaincourt, mandó llamar á Mr. de Champagny, y le ordenó escribiese á San Petersburgo, haciendo aquel mismo dia igual declaracion á Mr. de Kourakin, que la lentitud que se empleaba en contestarle le libertaba, no de un compromiso, pues nunca lo hubo en Erfurt, sino de una preferencia que creyó dar á la hermana de un príncipe amigo y aliado

suyo; que era imposible mayor espera en el estado en que se hallaban los ánimos en Francia; que á mayor abundamiento las noticias que le comunicaban acerca de la salud de la princesa no correspondian al motivo que le habia hecho disolver su matrimonio para contraer otro; y que por estas razones se decidia por la princesa austriaca, cuya familia en vez de vacilar, se ofrecia de motu proprio con un afan que era muy de agradecer.

En cuanto al convenio relativo á Polonia, se esplicó con mas viveza todavía, lo cual denotaba hasta qué punto influia en la eleccion que acababa de hacer el deseo de sustraerse á las exigencias que querian imponerle. «Contraer, dijo, el compromiso absoluto y general de que jamás será restablecido el reino de Polonia, es un acto imprudente y falta de dignidad por mi parte. Si aprovechándose los polacos de una circunstancia favorable se insurreccionaran por si y tuvieran en jaque á Rusia, ¿seria preciso, pues, que yo emplease mis fuerzas en someterlos? si encontrasen aliados ¿tendria yo que emplear todas mis fuerzas para combatir á estos aliados? Eso es pedirme una cosa imposible, deshonrosa, y que además no pende de mi voluntad. Yo podré decir que nunca proporcionaré ningun auxilio directo ni indirecto para una tentativa que tenga por objeto reconstituir la Polonia, pero no puedo ir mas allá. En cuanto á la supresion de la palabra POLONIA y POLACOS, es una barbarie que nunca cometeré; podré en los actos diplomáticos no emplear esas palabras pero no depende de mí borrarlas de la lengua de las naciones. Por lo que hace á la supresion de las órdenes antiguas de caballeria polacas, no puede consentirse en ello